

## La Iglesia ante el nuevo gobierno

Un mes es poco tiempo para evaluar la postura de la Iglesia salvadoreña ante el nuevo gobierno. Sin embargo, las reacciones eclesiales ante algunos acontecimientos importantes ya acaecidos parecen apuntar en diversas direcciones que el futuro confirmará o no.

Hay que constatar, ante todo, que la Iglesia jerárquica salvadoreña no ofrece una postura monolítica. A pesar de los pronunciamientos de la Conferencia Episcopal (CEDES), son conocidas las diversas tendencias dentro de ella, las cuales ya han aparecido. De los obispos que se han manifestado en público, una línea es la representada por Mons. Romeo Tovar, presidente de la CEDES, y la otra —distinta y a veces opuesta—, la de Mons. Rivera.

Mons. Tovar ha aceptado con imperturbable naturalidad al nuevo gobierno, sin ningún indicio importante de preocupación por su liberalismo económico ni de temor por el pasado represivo de varios miembros del partido gobernante. Es correcto, por supuesto, no precipitarse en juzgar las actuaciones futuras, pero llama poderosamente la atención que no haya expresado preocupación, al menos cautela, cuando no ya los movimientos populares, sino los partidos políticos, incluido el demócrata cristiano, e incluso la embajada norteamericana, el vicepresidente Quayle y el congreso norteamericano se muestran preocupados.

El discurso que pronunció en la toma de posesión del nuevo presidente fue, lógicamente, de circunstancias. Pero resulta muy anodino, como discurso salvadoreño al día de hoy, cantar sólo las glorias de la democracia, de la libertad de las elecciones acaecidas, o sólo recordar los derechos que todo gobierno debe respetar, sin recoger el grito popular por el fin de la guerra. Y resulta muy pobre, como discurso cristiano, mencionar sólo la supremacía de Dios sin añadir —ya que de Dios se habla— que es el Dios de los pobres, de los oprimidos, de las víctimas.

Tampoco el primer mensaje de la CEDES —firmado por Mons. Tovar y el Pbro. Leopoldo Barreiro el 15 de junio— ha supuesto cuestionamiento alguno para el nuevo gobierno. Por el contrario, en él se ha vuelto a recoger, sin demasiado análisis, la satisfacción por la democracia, y se vuelven a cargar las tintas contra la violencia imperante, lo cual —a tenor del contexto y del comunicado anterior de la CEDES, también bajo la presidencia de Mons. Tovar— se dirige contra la violencia del FMLN. No es que no haya que denunciar ésta, pero para nada se detalla la de la otra parte ni se analizan otras gravísimas realidades del país, como la guerra y el empobrecimiento, ni se insiste en soluciones dialogadas y negociadas.

Esta línea de la jerarquía no ayuda a resolver los problemas del país. Se muestra desconocedora

de la complejidad de la realidad salvadoreña y sin preparación para analizarla adecuadamente; se muestra simplista —cuando no injusta— en concentrar todo el problema en la actual violencia, y en responsabilizar de ella fundamentalmente al FMLN sin que —al parecer— tenga noticia de las aberraciones, asesinatos, desaparecimientos, capturas, torturas que lleva a cabo el ejército oficial, de todo lo cual da cumplida cuenta semanalmente la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado; y se muestra inoperante en propiciar caminos humanos y realistas de solución. Recuérdese que Mons.



Tovar dijo que no se debía tomar en serio la propuesta hecha por el FMLN en enero, cuando Mons. Rivera exigió a los partidos políticos que así lo hicieran.

De esta línea de la jerarquía el actual gobierno no tiene nada que temer; la puede utilizar más bien a su favor. De hecho, la derecha más recalcitrante ya ha caído en la cuenta de ello y presenta profusamente en la prensa escrita al presidente de la conferencia episcopal, a quien intenta hacer pasar por cabeza de toda la Iglesia salvadoreña.

Muy distinta ha sido la postura de los obispos de la arquidiócesis. El nuevo gobierno ha sido recibido con palabras de fría cortesía y con cautela. De hecho, Mons. Rivera no asistió a la toma de posesión, y en la homilía del 4 de junio mostró con palabras fuertes sus dudas sobre los ideales expresados en el discurso del presidente Cristiani —privilegiar a los más pobres entre los pobres— pudiesen ser realidad. “Será muy difícil —por no decir imposible—, dijo Mons. Rivera, conciliar una declaración tan generosa en favor de los pobres con el modelo económico que esbozó en su mensaje.” Palabras claras que muestran grave desconfianza.

En las homilías de los domingos siguientes, Mons. Rosa se ha distanciado también de las afirmaciones y de las políticas gubernamentales. Desafió la versión oficial que atribuyó al FMLN el execrable atentado del mercado central de San Salvador, dejando abierta la pregunta sobre quiénes eran los responsables. Más claramente, denunció el primer proyecto de la ley antiterrorista, pues teme que con ella se retroceda a “épocas oscuras.” Cuando oficialmente se aclaró que no existía ese proyecto de ley, sino sólo reformas al código penal para defender la democracia, comentó que la práctica dirá si en verdad está a favor o en contra de la democracia. La Oficina de Tutela Legal del Arzobispado, por su parte, ha publicado sendos comentarios sumamente críticos sobre ambos documentos.

Todo esto significa que el arzobispo de San Salvador no ha recibido al nuevo gobierno con la

naturalidad con la cual lo ha hecho el presidente de la CEDES. No es que le haya declarado la guerra, pero lo ha recibido con cautela y preocupación, y con suficientes signos de que no aceptará ni un liberalismo económico que empobrezca todavía más a los pobres, ni la restricción de las libertades individuales, ni la escalada de la guerra para poner fin al conflicto con más guerra.

En otras palabras, este gobierno puede esperar más firmeza y menos comprensión que el anterior de parte de la Iglesia de la arquidiócesis. En primer lugar, por principio: la Iglesia no podría tolerar más empobrecimiento, más represión y más guerra; y el pasado de varios miembros de ARENA la ha puesto en guardia porque algunas de estas cosas o todas ellas son posibles. En segundo lugar, por claras diferencias ideológicas. La Iglesia no tiene con ARENA la afinidad que tenía con la democracia cristiana, con la cual luchó en los orígenes de ésta, con la cual —al menos teóricamente— comparte la importancia de la doctrina social de la Iglesia y a la cual reconoce

algunos beneficios para el bien del país, como las leyes de reformas económicas y la libertad de expresión. Y en tercer lugar, porque en los miembros del Partido ARENA existe una grave desconfianza hacia Mons. Rivera y Mons. Rosa, a quienes los más exaltados tildan de “comunistas” —recuérdese que en los interrogatorios de los cuerpos de seguridad y en los exabruptos de algún coronel a Mons. Rivera se le sigue llamando marxista. Otros, los acusan de ser fachada del FMLN; y otros, de entorpecer la lucha para aniquilar al FMLN —la organización del diálogo por la paz, la mediación de Mons. Rivera, sus desvelos por canjear prisioneros y lisiados, etc.

Cómo sean en realidad las relaciones entre la Iglesia y el nuevo gobierno dependerá, en último término, de qué línea se imponga dentro de éste. En la CEDES podrá encontrar, en principio, facilidades, si no cae en aberraciones manifiestas. En el arzobispado encontrará firmeza y crítica, y cooperación si se orienta a finalizar la guerra.

H. O.

